

éxito; de mil á mil dscientos buques entraban en sus puertos todos los años, añadiendo la utilidad á la gloria.

» El padre del czar habia hecho redactar un código con el título de *Oulogenias*, el cual era insuficiente, y por esto Pedro lo desarrolló y mejoró para que se pudiese ordenar un cuerpo completo de leyes. El tribunal de los boyardos, que decidía en última instancia los asuntos contenciosos, y en el cual se entraba en consideración á la categoría y al nacimiento, fué abolido, para que dejase lugar á la ciencia. El emperador creó un procurador general con cuatro asesores en cada gobierno, los cuales debían velar sobre la conducta de los jueces, cuyas sentencias pasaban al Senado, y cada juez tuvo un ejemplar de la *Oulogenias*, con las adiciones y variaciones hechas. La mayor parte de sus leyes estaban tomadas de las de Suecia, y no tuvo dificultad en admitir en los tribunales á los prisioneros suecos, instruidos en la jurisprudencia de su país, y que habiendo aprendido la lengua del imperio, quisiesen permanecer en Rusia. En 1722 concluyó su nuevo código, y prohibió á los jueces, bajo pena de la vida, separarse de él (1).

La Puerta no veía sin temor el engrandecimiento de semejante vecino; pero deseoso Pedro de no ser inquietado por aquella parte para poder asegurarse en el Báltico, se reconcilió con el divan mediante la paz de Constantinopla, cediendo á Azof y destruyendo á Taganrog, y quedó libre del tributo que los czares pagaban al kan de los Tártaros. Cuando despues en 1722 adquirió de la Persia á Derbent, y se encontró confinando también por aquel lado con los Turcos, estos temieron que una vez dueño del Cáucaso, lo fuese también en breve del Mar Caspio y del Euxino, y para evitar que estallase la guerra, fué preciso repartir las conquistas. En su consecuencia, la Puerta obtuvo á Táuris, Erivan y otras plazas, al paso que la Rusia aseguró la posesion de las ciudades de Baku y Derbent, y de las provincias de Guilan, Mazanderan y Asterabad.

Hizo Pedro un segundo viaje á Europa con Catalina, á fin de instruirse y por miras políticas. Estuvo en Copenhague, Lubeck, Schwerin, Holanda, Paris, tratándose con los reyes y excitando á un tiempo la risa y la admiracion con sus extravagancias y grandeza. Siempre ebrio, bárbaro con todos los que le rodeaban, convertía á su capellan en bufon, despues de haberle besado las manos al salir de misa. Del mismo modo obraba con la princesa Galitzin, á la que trataba peor que á un perro. Había colocado al lado de la czarina damas ridículas y groseras, para mortificar á las que tenían derecho de ocupar aquel puesto; de suerte que, mal vestida, sin elegancia ni modales, era la burla de la culta sociedad de la época (2). Por otra parte, Pedro, deseoso de ver cuanto podía sugerirle

(1) VOLTAIRE, *Hist. de Pierre le Grand*.

(2) La marquesa de Bayreuth se expresa de esta manera en sus *Memorias* (Brunswick, 1810): « La czarina era pequeña

alguna mejora, prestaba interes á los mas insignificantes pormenores. En Paris se le tributaron todo género de honores y obsequios, y habiéndose negado á admitir el alojamiento real en el Louvre por preferir una casa particular, fué tratado allí como si estuviese en la corte. Un día que comía en casa del duque de Antin, vió aparecer en los postres su retrato; al visitar la casa de moneda, recogió una medalla que cayó á sus piés, y vió en ella su efigie con la leyenda: *Vires acquirit eundo*; en los talleres de los artistas le fueron ofrecidas las obras maestras; en la manufactura de los Gobelinos, en las platerías, en los almacenes, todo lo que encontró de su gusto le era regalado en nombre del rey; hasta la Academia le eligió como uno de sus individuos. La Sorbona le propuso que reuniese la Iglesia Griega á la Latina, á lo cual no accedió, pues queria ser papa y no obedecer á nadie. Cuando vió el sepulcro de Richelieu, exclamó: « Grande hombre, te hubiera dado la mitad de mis Estados, con tal que me enseñases á gobernar la otra. » Quiso visitar á una mujer que, como Catalina, sabía dominar á los dominadores, y permaneció algunos instantes meditabundo junto al lecho de la Maintenon, entónces enferma; en seguida se marchó, y Paris quedó maravillado de la singularidad y rara variedad de sus talentos, que harán siempre de Pedro un monarca digno de admiracion hasta la mas remota posteridad, á pesar de los grandes defectos debidos á su origen bárbaro, á su país y á su educacion. » (SAINT-SIMON.)

Habiendo muerto su último hijo varon, y quedando solamente el hijo de Alejo, Pedro hubiera querido transmitir la corona á una de las hijas que habia tenido de Catalina ántes de haberse hecho público su matrimonio. Promulgó al efecto la primera ley fundamental del imperio ruso, que da al soberano el derecho de elegir sucesor (1); é hizo prestar juramento de fidelidad al que designase; pero murió ántes de haber tomado una resolucion con respecto á esto.

Las infidelidades de Catalina llenaron de amargura sus últimos años; pues no teniendo esta ya nada que esperar, despues de haber sido coronada solemnemente (17 de mayo de 1724), cesó de prodigar á su esposo aquella tierna asistencia que necesitaba. Habiéndola sorprendido el czar con un tal Moens, dió muerte al amante; pero no se atrevió á añadir el asesinato de la emperatriz al de tantos millares de hom-

gruesa, muy morena, sin gracia ni modales; bastaba verla para conocer su baja clase: por sus prendas de vestir se la hubiera creído una cómica alemana. Su traje de corte antiguo y sobrecargado de plata y suelidad parecia comprado á algun Indio. Se ponía adornos de pedrería en el pecho, con un dibujo extravagante que representaba una águila de dos cabezas, cuyas plumas estaban guarnecidas de oro de muy baja ley y mal montado. Una docena de joyas y otros tantos retratos de santos y reliquias pendían de las vueltas de su vestido, y haciendo ruido cuando se movían, le daban la apariencia de un verdadero mulo. »

(1) El emperador Pablo estableció en 16 de abril de 1797 un orden de sucesion mas regular, es decir, el cognaticio, mezclado con la primogenitura, no admitiéndose á las hembras sino á falta de varon.

bres, al de su hijo, á las persecuciones contra su hermana y contra su primera mujer.

¿Abrevió Catalina sus días? ¿detuvo, para reinar sola, la mano que iba á dar en el testamento la corona al hijo de Alejo? El mundo lo ha reaclado así: Pedro espiró á los cuarenta y tres años de reinado y contando cincuenta y dos de edad, con atroces dolores en la vejiga.

El título de extraordinario le conviene mejor que el de grande. Tenia ya cincuenta años cuando se presentó en traje de batelero, bailando con su mujer una danza tártara; se le veía seguido de doscientos músicos y de gente ebria recorrer las calles de Petersburgo, introduciendo la orgía en las casas que visitaba. Cuando dormía, un oficial le servía de almohada. Perteneciéndole todo lo que el pueblo poseía, no exageró al decir despues de la paz de Nydstadt: « Hubiera podido continuar la guerra veintin años mas sin contraer deudas. » Hasta su familiaridad tenia algo de despótica y bárbara, como propia de un hombre á quien nadie habia contradicho. En su cólera maltrataba, no solo á sus soldados, sino á sus íntimos consejeros, y no apreciaba otro mérito sino la ciega obediencia. El que sabía conseguir su favor por este medio, podia ejercer sobre los demas un absolutismo semejante al suyo. Menzikof, convicto varias veces de robo y concussion, fué siempre abusuelo. Como se trabasen de palabra en el Senado este favorito y Chafirof, acusándose mutuamente de los mayores desafueros, Pedro les impuso á cada uno una multa de 10,000 rublos por la falta de respeto; despues mandó se hiciese una indagatoria sobre sus recíprocas inculpaciones, y ántes de que se decidiese el asunto, despojó á Menzikof de sus bienes y le impuso un castigo corporal. Condenó á Chafirof á muerte; pero cuando su cabeza se hallaba ya colocada bajo la cuchilla, le perdonó en consideracion á sus servicios y le mandó á Siberia.

La obra de Pedro está á la vista de todo el mundo; es ese imperio ruso que amenaza á la Europa. Á fin de que no pereciese con él, trazó á sus sucesores la línea de conducta que habia observado y que debían seguir. Véanse sus prescripciones: « Hacer todo lo posible para dar á los Rusos las formas y costumbres europeas; mantenerse constantemente en pié de guerra; extenderse por todos los medios hácia el Mar Negro y el Báltico; comprometer á la casa de Austria á arrojar á los Turcos de Europa, y con tal pretexto sostener un ejército permanente; establecer astilleros en el Mar Negro y adelantarse hasta Constantinopla; unirse estrechamente con la Inglaterra que favorecerá los progresos de la marina rusa y le ayudará á dominar en el Báltico y el Euxino; persuadirse de que el comercio de la India es el del mundo, y de que el que le tenga en su mano es dueño de la Europa; mezclarse en las disputas de Europa y sobre todo de Alemania; fomentar los celos de la Inglaterra, de la Dinamarca, del Brande-

burgo contra la Suecia, y la anarquía en Polonia; hasta que esta y aquella sean subyugadas; sacar partido del sentimiento religioso de los Griegos cismáticos diseminados por la Hungría, la Turquía y la Polonia Meridional; irritar entre sí las córtes de Francia y Viena, y aprovecharse de la recíproca debilidad para ganarlo todo. » (CHOPIN.)

CAPÍTULO. XXXI

Italia. — Dominacion española.

La Italia se detuvo, y el momento en que una nacion se para está muy próximo al de su decadencia. Los extranjerios impulsaron la de la península, y mientras que los Estados italianos miraban con temor su recíproco engrandecimiento (1), cayeron sobre ellos cogiéndolos desprevenidos, y consumaron la desgracia de todos.

La autoridad absoluta de los antiguos tiruelos habia causado opresion, pero no envilecimiento, pues se creía ver ó se encontraba en ella cierta legitimidad. Pero entónces la dominacion no se fundaba ya mas que en el hecho, y la victoria habia sometido irremisiblemente los territorios de Nápoles y la Lombardia á los Españoles, y el de Florencia á los Médicis. Los políticos italianos habian deseado que una mano robusta curase con el hierro y el fuego las llagas fistulosas de su país; querian un príncipe que reprimiese á los pequeños señores con la astucia y la fuerza; que emplase una justicia severa é igual, que estableciese leyes dirigidas á promover el bien público, haciendo que estas imperasen y no el capricho de los hombres. Su deseo se vió cumplido, pero resultaron mayores males; el principado no produjo la unidad, ni la tiranía trajo en pos de sí el sosiego; el comercio, en vez de florecer con la terminacion de la guerra, sucumbió; en lugar de la calma, vino la desolacion; setenta años de paz (1559-1629), léjos de reparar los desastres pasados, los exacerbaron; se agotaron los manantiales de la riqueza; una opresion sistemática sucedió á las violencias de la guerra; esta concluyó sin producir la tranquilidad, pues recorrían el país mercenarios rapaces ó soldados extranjerios, que sembraban en él la pobreza y la peste. En todas partes no se contemplaban mas que necesidades de los príncipes y miseria de los pueblos: el principal interes de aquellos era exigir grandes contribuciones; estos se sentían afligidos especialmente por el temor de morir de hambre. De aquí provinieron las sublevaciones de Milan, Palermo, Fermo, y las casi anuales de Nápoles, las prohibiciones de exportar, la tasa en el

(1) En carta escrita en febrero de 1508, Maquiavelo dice que los magistrados de Florencia le manifestaron que la libertad de Italia no tenía que temer mas que de Venecia. Mientras hablaban así, estaban á las puertas los Españoles.

precio de los artículos, y la institución del prefecto de los víveres en Roma.

El gobierno, que oprimía á la plebe, permitía el renacimiento del feudalismo, y los barones, á quienes el apurado Erario había vendido un feudo, daban libre rienda á sus antojos, resguardados por sus castillos, presentándose seguidamente en la corte con una comitiva que revelaba mas la amenaza que el honor: la campaña de Roma estaba molestada por bandidos, mientras que en el recinto de la ciudad los príncipes y los embajadores fomentaban el delito, pretendiendo la inmunidad de sus palacios.

El valor físico y una viva y pronta inteligencia son las cualidades que deben desearse en los pueblos: si el valor se desarrolla, los engrandece; si es comprimido, degenera en ferocidad y astucia; á la manera que la viva inteligencia combinándose mal con el cálculo, se perjudica á sí misma. Esto fué lo que sucedió en Italia. La hipocresía dominó á una sociedad artificial, mala, decrepita; por todas partes se vió una ampulosa ostentación de sentimientos simulados, ó una trivialidad fría; un incentivo de enemistades inactivas, que á modo de las pasiones que ni se desahogan ni se sujetan, consumía á las personas sin estimularlas. Las relaciones tan animadas al principio entre los Estados por medio de embajadores, negocios, magistraturas, guerras, estudios, se había interrumpido, y cada cual vivía sepultado en su país, sin amarlo mas que por costumbre y comodidad. La astucia diplomática no tenía ya la larga y afortunada prudencia que antes, sino que descaradamente se empleaban la perfidia, las tramas, el despotismo; se originaron de aquí proyectos de inmensas dimensiones con medios de ejecución sumamente débiles, y en lugar de aquella grandeza que confía en sí misma, se veía una ambición cuya violencia patentizaba la falta de sólidas cualidades.

Dícese que desde que acabaron los capitanes aventureros, la Italia cesó de ser apta para las armas. Mas justo fuera decir que, no siendo nación, dejó de tener ejércitos permanentes, por lo cual le faltó la acción, pero no la aptitud; pues aunque las guerras de aquella época fueron desgraciadísimas, el valor de los Italianos apareció en ellas con todo su brillo. La Italia, que había puesto anteriormente en pié un ejército por cada ciudad, lanzaba con razón incessantes quejas al ver entonces el escaso número de tropas reclutadas por sus gobiernos; sin embargo, podía decirse de ella como de la Suiza, que no tenía soldados, pero que los suministraba á las demas naciones (1). Los bandidos de

(1) El embajador veneciano decía en 1573 del duque de Ferrara lo siguiente: « Tiene en la ciudad y en el territorio sus milicias, que pasan de veintisiete mil hombres, y son gente muy buena. Se podría formar de los nobles una caballería excelente y numerosa, pues á ellos les gusta mucho el oficio de las armas, como personas que en ninguna otra cosa se ejercitan, ni se emplean en nada, y que han vivido la mayor parte en las guerras... Cuando S. E. fué á Hungría al servicio del emperador en 1566, en todo el campamento no

Romanía, Nápoles y Toscana hubieran sido un siglo antes capitanes aventureros, y aquel Marcos de Sciarra, apellidado el rey de Calabria, aquel Alfonso Piccolomini, aquel Corsietto del Sambuco, descendientes de familias principales, el Mancino (zurdo), Squilleta (campanilla), Marcos Turone y otros hubieran sido buscados como capitanes, mientras que á la sazón estaban proscritos como bandoleros.

Excluidos igualmente los Italianos de ejercer su ingenio en los asuntos de la patria, lo ponían al servicio de los extranjeros; pero lanzados del círculo de los elevados intereses sociales, de las ideas grandiosas de la Europa, no cooperaron en aquella península á la prosperidad social, y se sintieron atacados de una inmovilidad letárgica en medio de señalados movimientos. Si, á pesar de esto, la Italia conservó su nombre y su carácter, lo debía á sus tradiciones, á su organización municipal, á la Iglesia, á su lengua y á su literatura; en cuyos elementos la ha de buscar el que quiera estudiarla, y no en sus dominadores. Pero la literatura no puede sostenerse cuando la acción falta, y si en el siglo anterior los extranjeros admiraban la italiana, en la época de que tratamos la cubrían de ridículo. Shakespeare contrahacía los conceptos de los Italianos; Boileau hizo proverbial el oropel de Tasso. Los mismos autores que rechazaban el gusto extravagante que se había introducido en las letras para librarse del contagio, no se elevaban al sentimiento, sino que se acogían á los escritores del siglo XVI, á Petrarca, á Boccaccio... ¡Y no obstante, la Reforma se había efectuado en aquel intervalo! La alianza entre los señores y los artistas estaba rota, y el saber no se hallaba á la altura de la aristocracia del nacimiento. Algunos talentos severos se dedicaron á estudios profundos, y proclamaron verdades ininteligibles en los tiempos en que vivían; pero cuando ha llegado la época en que la erudición vengadora les diese la razón; ¿dónde ha ido á buscarlas? En libros de que no se cuidaron los contemporáneos, olvidados por la posteridad, y no en la memoria del pueblo ni en el curso actual de los negocios y de las aplicaciones.

Aquel siglo no planteó grandes problemas morales ni políticos, sino cuestiones de ceremoniales y de sucesión, que produjeron inquietud y guerra continuas: renacían las disidencias con el papa sobre las jurisdicciones temporales, llegando hasta el punto de empuñar las armas; suscitábanse acerca de lo mismo discordias entre los gobernadores y los obispos; Francia se entregaba á ocultos manejos; el emperador alegaba sus pretensiones á los feudos antiguos; las disputadas sucesiones aplicaban la mecha á la mina. De aquí se originaron repetidos conflictos de autoridad y de jurisdicción, frecuentes duelos en los caminos públicos, ataques de aldeas á

había tropas mas hermosas, mejores ni mas disciplinadas que las suyas, sin embargo de que todos los príncipes Italianos trataron á porfía de mostrar al emperador sus fuerzas y grandeza.»

mano armada; la religion de la venganza, y un orgullo al estilo español, con sus pretensiones á las preeminencias; aspirando cada cual á mayores títulos que los que había heredado; reclamando franquicias que venían á ser privilegios gravosos para los inferiores, y que recordaban lo que eran antes los nobles, sin mostrar los motivos por que habían cesado de serlo.

Reúnese hoy el consejo; pero un síndico se retira porque no encuentra señalado para él un puesto conveniente: mañana, estando en una solemnidad religiosa, el gobernador se levanta lleno de ira porque ve colocar un pequeño escabel bajo los pies del arzobispo: una vez, toda la nobleza salió de misa, reparando que el virey había hecho sentar cerca de sí á un sobrino suyo; otra, durante una procesion, habiéndose intimado á los nobles titulares que caminasen sin confundirse con los demas, estos apagaron las antorchas y se retiraron á sus casas: ya se trata de un embajador que no puede ser recibido porque quiere tratar al virey de igual á igual, segun corresponde á su grado de nobleza en España; ya de la muerte de una princesa, cuyas exequias se presentan á impedir los comisionados regios, alegando que tiene armas é insignias superiores á su categoría, y hay que depositar el cadáver hasta que llegue la decision de España: ademas, de vez en cuando dictaba esta potencia un decreto mandando que en todas las iglesias y escuelas se jurase la Inmaculada Concepcion de la Virgen, y entonces era de ver á los obispos protestar contra la invasion en materias de su incumbencia, á los Dominicos resistirse á profesar una doctrina piadosa, impugnada por ellos, á los profesores clamar que se vulneraba la libertad de enseñanza, y á Roma negar á los reyes la facultad de proponer una creencia teológica.

Estando Italia ocupada militarmente, su historia se refiere al suelo, no á los habitantes, ni siquiera se trata de la Italia en los convenios, sino de sus dominadores. Háblase de las antiguas repúblicas como de una enfermedad ya curada: San Marino continúa existiendo porque se hace olvidar; Luca, porque la sostienen los Genoveses como baluarte contra la Toscana, y los Españoles para evitar que esta última se engrandezca.

Entre los pequeños Estados, la casa de Este domina á Módena: Hércules II, hijo de Lucrecia Borgia y esposo de aquella Renata de Francia que favoreció y acogió á los calvinistas, fué padre de Alfonso II, conocido únicamente por las alabanzas de Tasso, á quien pagó encerrándole en una prision. Parma y Plasencia pertenecían á los Farnesios, los cuales se extinguieron en 1731, el mismo año que acabaron los Cibo, señores de Massa y Carrara. Piombino obedecía á los Appiani, después de estos á los Ludovisi. Los Pico poseían la Mirándola; los Gonzaga reunían á Mantua el Monferrato; los pequeños príncipes de la Romanía desaparecieron, y aquella nobleza guerrera cedió el puesto á otra de

solio, procedente de las familias papales, y cuyos títulos recuerdan el nepotismo.

Los pequeños Estados, débiles por sí mismos, y no sabiendo robustecerse con la union, solo se conservaban asociándose y obedeciendo á los enemigos de la libertad italiana; los fuertes oponían obstáculos á la España, ó mas bien á sus gobernadores, que querían obrar como reyes (1).

Cuatro sistemas de política dividían, pues, la Italia: el de España, el de Saboya, el de Roma y el de Venecia. La Saboya, tránsito, teatro, arena de terribles combates, vió á sus príncipes, acomodando la antigua política á los tiempos modernos, hacerse generalísimos del emperador, y al mismo tiempo entenderse con la Francia, y entablar alianzas en medio de los carnavales de Venecia: infieles por culpa de la geografía (como decía el príncipe Eugenio) y obligados por esta á tener empuñadas siempre las armas, hallaron su ventaja en la guerra, tan ruinosa para los demas. Inclinábanse á la Francia; pero España los halagaba temiendo una invasion análoga á la de Carlos VIII, y todos conocían la necesidad de robustecerlos para mantener el equilibrio y guardar las puertas de Italia.

Los papas, único elemento por cuyo medio influía en la política europea aquella Italia que en la edad precedente había sido su principal motor, aunque adictos á España por religion, se vieron á menudo en lucha con esta potencia, fundándose en cuestiones territoriales y en supremacía lega. Por lo demas, no tenían ya que disputar con el imperio sobre la soberanía, y sí solo litigar acerca de algun trozo de tierra; no sacudiendo su letargo, sino cuando los Turcos amenazaban su capital.

Venecia, á quien el Oriente impedía ocuparse en los negocios del Mediterráneo, continuaba dedicándose á sostener el equilibrio, y en su consecuencia se oponía á la España, enemigo irreconciliable de las repúblicas y de los Estados independientes, tanto como la Francia se mostraba partidaria de ellos. Florencia se había

(1) Trajano Boccalini dice lo siguiente en la *Pietra de paragone politico*: « Si la Italia quisiera considerar atentamente la paz de que quizá se jacta, estoy segurísimo de que no tardaría en conocer que debe lamentar este ocioso veneno que la consume, tanto como lamenta los daños que reciben sus amigos en los trastornos y guerras de otros países.»

En otro lugar pone en boca de la Francia estas palabras dirigiéndose á España: « Quiero, con aquella libertad que es propia de mi naturaleza, decirte en confianza, que la empresa de subyugar toda la Italia no es cosa tan fácil como os figuráis; pues cuando tuve ese mismo capricho, me produjo males inmensos, y no creo que os los produzca menores á vos. Los desastres que experimenté me han convencido de que los Italianos son una raza de hombres que están siempre con los ojos abiertos para escapárenos de entre las manos, y que jamás se domestican bajo la servidumbre de los extranjeros. Y aunque su mucha astucia los induce á adoptar fácilmente las costumbres de las naciones dominadoras, sin embargo, en lo íntimo de su corazón conservan vivísimo el antiguo odio. Trafican en grande con su servidumbre, valiéndose de tantos artificios, que con vestirse un par de calzones á la sevillana, os obligarán á creer que se han convertido en buenos Españoles, y á nosotros, poniéndose una gran gorilla de Cambray en perfectos Franceses; pero cuando luego otros desean tratar de cerca sobre el asunto, muestran mas dientes que los que tienen cincuenta mazos de sierra.»

unido á España, cuya súbdita era á causa de Siena y de los presidios.

España, que ejercía un influjo fatal en todos los puntos adonde llevaba su cetro de oro, se constituyó en centro de todos los descontentos para molestar á sus enemigos, tener poder en la eleccion de los papas, y mandar en la política de estos y de los demas países independientes. Resultaron de aquí guerras sin batallas, en extremo mortíferas, todas debidas al capricho de los extranjeros, siendo de origen italiano tan solo la que se suscitó entre Roma y Parma (1).

Lombardía.

Los países sometidos á extranjeros carecen de voluntad nacional, y no pueden relatarnos mas que la historia de sus indecorosos padecimientos (2). La Lombardía era tratada como país conquistado, y tenía á su cabeza jefes extranjeros, al mismo tiempo administradores y militares. Las disposiciones de los reyes, como que residían lejos de aquellos parajes, llegaban tardías é inoportunas, bastándoles haber entregado la poblacion á un gobernador, encargado de representarle y ejercer su autoridad omnimoda. Era máxima inconcusa que el rey debía ser justo y paternal, pero absoluto, sin mas límite que los privilegios tradicionales de algunas órdenes y corporaciones. Este poder se trasmittía ilimitado á los gobernadores, próximamente como á los bajáes modernos, dejándoles la facultad de reclutar soldados en caso preciso, disponer de los empleos, promulgar leyes, administrar la justicia civil y criminal, y perdonar. Á veces su política era distinta de la de la corte, y habiendo el rey anulado la decision de uno de ellos, este no hizo caso, y exclamó: *El rey manda en Madrid, y yo en Milan*. Casi siempre Españoles (3), llegaban á un país de

(1) Pedro Nores en su *Retrato de las cosas de Roma, 1634* ms., escribe: « El duque de Parma de Módena, los Genoveses, los Luqueses, son débiles. El gran duque, habiendo quedado vacío el Erario en las últimas guerras de Alemania, no sintiendo mucha aflicion á las incomodidades de la guerra, rodeado de pocos y no experimentados consejeros, no es apto para oponerse; sobre todo por hallarse tambien él obligado, á lo ménos en la apariencia, á favorecer los intereses de los Españoles. Los Venecianos, separados de la Sede apostólica, ¿ qué pueden hacer sino gritar en alta voz: *Alenda!* Todo en vano. El papa ve sus Estados circundados por los Españoles, estando solo, no le es dado emprender nada, y ¿ con quién ha de asociarse, que no tema le abandone en el colmo del peligro, desconfiando como desconfía abiertamente de los Venecianos y del gran duque? Poca es, pues, la resistencia que pueden oponer los príncipes italianos. Les quedaria el recurso de pedir auxilio al rey de Francia; pero hacen como el que elige morir mas bien por el veneno que por el hierro, á fin de alargar unas cuantas horas su vida: temen mas la espada francesa que la lima española. »

(2) Federico Schlegel, en el *Cuadro de la historia moderna*, cap. 9, admira la organizacion que dió entonces Carlos V á las cosas de Italia, *acbiendole esta el feliz reposo de que gozó en los tiempos sucesivos*. — « Ningun siglo ha habido tan tranquilo y seguro para la Italia como el xvi. En medio de tan dulce reposo, parecia, etc. » Tiranoschi. *Storia della letter. italiana*. — « A excepcion del reino de Nápoles... podemos decir que todo el espacio que corrió desde 1359 á 1600 debe contarse entre los mas dichosos que ha disfrutado Italia, y continuó casi en el mismo estado hasta 1623. » DENINA, *Rivol. d'Italia*, XXII, 4.

(3) De todos los vireyes solo uno fué Napolitano, el conde de Santa Severina, así como en Milan tampoco hubo mas

costumbres y hábitos totalmente diversos de los suyos, y encontraban en él tal complicacion de leyes, edictos, usos y privilegios, que hubieran necesitado muchos años y mucha voluntad solo para conocerlos. Por el contrario, permanecian muy poco tiempo en Italia (en los ciento cincuenta años de la dominacion española hubo treinta y seis), ocupados con frecuencia en operaciones militares, y aun mas en cuestiones de jurisdiccion con los arzobispos, cuyas antiguas pretensiones habian resucitado despues del concilio de Trento, y que querian oponer un dique á aquella desenfrenada arbitrariedad.

Un Senado, sombra de representacion nacional, mezcla de Italianos y extranjeros, y juez supremo, conservaba el derecho de suspender la observancia inmediata de los decretos del príncipe, debiendo verse estos tres veces antes de adquirir allí vigor; despues de lo cual quedaba vencida la oposicion. Aun subsistian las antiguas dignidades municipales; pero casi sin mas atribucion que la de satisfacer las exorbitantes exigencias del fisco, que eran el objeto de todas las medidas, y de las cuales se derivaban todos los errores y miserias. Impuestos establecidos con tanta avaricia como insensatez (1), secaban las fuentes de la prosperidad pública, castigaban la industria, y desalentaban la agricultura; se hacía que las comunidades comprasen la redencion, y en seguida se las enfeudaba de nuevo; se arrendaban ó vendían las varias rentas, creando expresamente otras nuevas; se vendía la exaccion de donativos futuros; luego se echaba mano de los pagos asignados como rédito á los compradores de los capitales del Estado; se retenían las pagas de los soldados y magistrados; se obligaba á los comerciantes á prestar dinero, se gravaban las personas y los bienes de los extranjeros; se cometían robos en los bancos públicos, constituidos con depósitos particulares; de suerte que, agotado el capital reproductivo, los muchos holgazanes y los extranjeros vivían á costa de las fatigas del corto número de hombres laboriosos; el obrero mas insignificante estaba sujeto á una contribucion de 20 escudos sobre todo objeto de consumo, sobre toda produccion pesaban cargas excesivas; lo que fué causa de que se abandonasen las manufacturas, de que el campo quedara sin cultivo, llenos de deudas los Comunes, y el Estado precisado á dirigir incasantes quejas al lejano monarca, que no les daba oídos.

La nobleza, despues de haber adoptado el fausto de los Españoles, creyó que se deshonra-

que un gobernador que fuera Milanés, y fué el cardenal Theodore Trivulzio.

(1) Tambien en Toscana estaba todo regularizado por medio de decretos y prohibiciones: se determinaba qué plantas debían cultivarse, cómo debía elaborarse el pan; no se permitía salir del país para ganarse el sustento; un día se prohibió hilar estambres y lanas (1592), y al cabo de pocos años se volvió á permitir, siendo imposible prescindir de ello; igualmente se prohibió sazonar los guisados con murta, y luego se permitió.

ria, si se metiera en negocios mercantiles; así es que empleaba sus haberes en instituir mayorazgos y fideicomisos; consagraba cuantiosos capitales al lujo, á edificios, y un brillo de príncipe (1); y pavoneada de soberbia y privilegios, se valía de estos, ó para eludir la justicia ó para arrostrarla descaradamente. Un feudalismo de nuevo género se valía de la debilidad ó del abandono del gobierno para insolentarse con la plebe infeliz; fortificado en sus castillos y rodeado de valentones, desafiaba las leyes, tan pródigas de ruidosas amenazas como impotentes al tratarse de la ejecucion. Cuestiones de etiqueta, sobre el modo de aparecer en público, de cumplir un empeño, venganzas calculadas y hereditarias, proteccion dispensada á gente perversa, esto era lo que llenaba la vida de aquellos señores, que se convertían en tiranos de su propia familia, condenando á sus hijos á encerrarse en los claustros, ó á una pobre é indecorosa dependencia, para que el primogénito pudiese sostener lo que se llamaba el lustre de la familia.

El valor, careciendo de ocasiones de señalarse dignamente, se manifestaba en asaltos y robos; contra las partidas que infestaban el campo era insuficiente la escasa y mal alimentada soldadesca, y el gobierno que la vispera habia lanzado contra ellos fulminantes edictos, y puesto precio á las cabezas de los bandidos, se veía precisado al día siguiente á capitular, y á veces hasta reclamar su proteccion. Los malvados se aseguraban la impunidad cubriéndose con la librea de un señor, y prestándole el auxilio de su brazo para cometer nuevos delitos; y para que viviesen muy tranquilos despues de insultar al inocente, toda casa noble, toda iglesia, todo convento servía de asilo. Los soldados aumentaban el mal, pues inhábiles para defender el país, lo devastaban, ó sosegadamente exigiendo brazos, carros y forrajes, ó entregándose audazmente al saqueo. Felipe II habia creado junto á sí un supremo consejo de Italia, con un magistrado por cada país, y con algunos Españoles (1562); pero hallándose tan distante, podía hacer poquísimo.

El reino.

Habia en Nápoles como un simulacro de la jerarquía española; y el virey, que era tambien gran condestable y comandante del ejército, tenía corte propia con las altas dignidades de la corona; esto es, un justicia mayor para las causas criminales, civiles y hasta feudales; un grande almirante; un camarero mayor encargado de las rentas y gastos; un protonotario, custodio de los reales archivos y que era el primero que hablaba en las asambleas; un gran canciller que estampaba el sello; un gran se-

(1) Treinta y cinco casas de campo poseían los Pusterlas, y dentro de la ciudad un barrio entero. Bartolomé Arese, presidente del Senado, tal vez poseía una octava parte de la Lombardía, y despues de haber construido palacios, casas de campo, iglesias y monasterios, dejó con qué enriquecer las dos familias Litta y Borromeo. Uno de estos últimos convertía un triste peñasco del lago Mayor en la deliciosísima isla Madre, que es una obra de rey.

nescal, mayordomo de la real casa y superintendente de las ceremonias, de las razas de caballos, de los bosques y de las cacerías. El parlamento continuaba existiendo con sus tres brazos, como en Sicilia y Cerdeña; pero el clero fué deprimido, y entre las otras órdenes se sembró la envidia, con ayuda de los títulos y del fausto, alejando de este modo toda oposicion, y reduciendo á un vano título las antiguas magistraturas. Había ademas en la ciudad de Nápoles siete *elegidos* del pueblo que se sacaban de entre los barones, y uno de entre los ciudadanos, el cual tenía tratamiento de excelencia y gozaba de grande autoridad como representante de una numerosa poblacion (1).

El virey se correspondía directamente con las potencias extranjeras, y su autoridad no conocía mas límites que la obligacion de consultar, en ciertos casos, un consejo colateral, compuesto de tres Españoles y ocho Italianos. Aquellos vireyes, sin ninguna experiencia de las cosas del país, en cuanto empezaban á adquirirla recibían su relevo; en vista de esto se decía que, de los tres años que duraban por lo comun, el primero lo dedicaban á hacer justicia, el segundo á reunir dinero, y el tercero á proporcionarse amigos para poder sostenerse. Otro proverbio añadía que los ministros del rey roían en Sicilia, comían en Nápoles y devoraban en Lombardía.

De los empleos públicos, parte se vendían y parte se conferían á personas ignorantes y venales. La ordinaria ineptitud del gobierno está probada por los comisionados que enviaba de vez en cuando con facultades muy extensas, y de que ellos abusaban sin consideracion alguna: á veces el soberano los hacía independientes del virey, y el pueblo se reputaba feliz siempre que podía obtener que fuesen extranjeros; tal era la desconfianza que le excitaban sus compatriotas.

Sin fuerza la nobleza para luchar con la España, ni generosidad para unirse al pueblo, con títulos sonoros y un fausto á que no quería renunciar, se alejaba cada vez mas de la plebe en quien reside la vida; y disputando sobre preeminencias, tenía á gloria la ociosidad, y se avergonzaba de la industria. Poderosa por sus relaciones, tiranizaba á un vulgo hácia el cual sentía solo desprecio, votaba sin tasa impuestos, de que la eximían sus privilegios, ó que tomaba en arriendo para engordar con la miseria ajena. Las servidumbres feudales perjudicaban á la agricultura, y los pastores conducían un

(1) Los habitantes de Nápoles se distinguían en nobles y pueblo; este constaba de veintinueve *plazas*, llamadas tambien *actinas*, porque cada una elegía ocho hombres para el gobierno con un capitán. Los nobles estaban divididos en las sedes de Nido, Capuana, Montagna, Porto y Portanuova; perteneciendo quizá á las dos primeras la nobleza feudal, y á las otras la segunda nobleza. Los elegidos del pueblo eran á modo de tribunales suyos; pero á veces, como suele acontecer, eran tambien sus mártires. En 1582 el vulgo achacó la carestía que reinaba al elegido Starace, y habiéndole arrancado del lecho donde yacía enfermo, le degolló, despues de insultarle y atormentarle de la peor manera.